JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia
1014

DESPUES DE LA BODA.

A mis padres.

su hijo

DESPUES DE LA BODA,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ CAMPO-ARANA.

Representado por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el dia 10 de Mayo de 1876.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA	Sra. Liron.
EMILIA	Sra. Alvarez de Hernando.
DOÑA BALBINA	Sra. Muñoz.
LA MARQUESA	Sra. Guerrero.
JULIANA	Sra. Galé.
SEÑORA 1.ª	Sra. Muñoz.
SEÑORA 2.ª	Sra. García.
SEÑORA 3.ª	Sra. Matea.
EMILIO	Sr. Mata.
EDUARDO	Sr. Rodriguez.
RICARDO	Sr. Parreño.
EL MARQUÉS	Sr. Alisedo.
TOMÁS	Sr. Maza.
UN POLLO	Sr. Galé.
CABALLERO 1.º	Sr. Benavides.
CABALLERO 2.º	Sr. Castro.
CABALLERO 3.º	Sr. Oliva.
UN CRIADO	»

La accion en Madrid y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO BARCA.

En testimonio de respetuoso afecto,

El Autor.

720836

ACTO PRIMERO.

Sala elegante y rica. Dos puertas al foro y dos en la izquierda. Un velador en primer término izquierda. Bujías con profusion.

ESCENA PRIMERA.

TOMÁS, de frac y encendiendo las bujías; JULIANA.

JULIANA. De Alcobendas.

TOMÁS. (Saltando de la silla y acercándose á Juliana.) ¿Conque es usted de por allá?

JULIANA. Sí. Somos paisanos.

TOMÁS. ¿Y hace mucho que está usted sirviendo?

JULIANA. Ya va para tres años. Entré de doncella en casa de la señora Marquesa, la tia de nuestra señorita, y por ella he venido aquí.

TOMÁS. Ah! Conque usted ya la conoce?

JULIANA. La he visto algunas veces en casa de la señora Marquesa. ¿Y él, qué tal es?

TOMÁS. ¿Él? De lo que no hay. Un chico más guapo... Pero voy á encender. (Subiéndose en la silla y encendiendo las bujías.) Esta mañana al despertarse, me dijo: «Tomás, hoy me hago hombre formal; ya no tendrás ue aguar-

darme hasta las cuatro y las cinco de la mañana, eso se acabó. Toma mi último regalo de soltero.»

JULIANA. ¿Y qué?

TOMÁS. Y me dió su reloj.

JULIANA. ¿Le tiene usted ahí?

TOMÁS. (Saltando de la silla.) Mire usted.

JULIANA. Á ver... ¡De oro! (Le abre.) ¡Anda, si son las doce! Ya no pueden tardar los novios en venir á tomar posesion de la casa.

TOMÁS. Es verdad; voy á acabar de encender.

JULIANA. ¿Lo demas está ya todo listo?

TOMÁS. Ya hace una hora. Todo, hasta la cámara nupcial.

JULIANA. Ay! sí: que haya allí mucha luz para que los convidados vean la colcha. ¡Qué cosa más magnífica! Regalo de mi señora. Diga usted, ¿dirá algo Asmodeo, el de la *Época*, de la colcha?

TOMÁS. No faltará quien hable. Cuando entren allí, recalque usted que es regalo de la Marquesa y...

JULIANA. ¡Poco hueca se pondrá ella si lo dicen!

TOMÁS. (Volviendo á encender.) Pues eso poco cuesta. Mi señorito tiene muchos amigos periodistas. Ah! (Dejando una vela sin encender y volviéndose, sin bajarse de la silla.) Se me olvidaba lo principal. Usted que conoce á la novia, me podrá decir... ¿Qué tal es?

JULIANA. Oh! Muy bonita.

TOMÁS. (Saltando de la silla con la cerilla encendida en la mano.) Sí, eh?

JULIANA. Sí señor. Tiene unos ojos que parecen dos soles, y un pelo que le llega á las corvas, y un cuerpecito así. (Señalando con la mano.)

TOMÁS. (Entusiasmado.) ¿Y qué más, qué más?

JULIANA. Una boca que parece un piñon, y...

TOMÁS. (Sacudiendo la mano.) ¡Demonio! Me había embobado. Es que oyendo ciertas cosas se le hace á uno la boca agua. ¡Cómo me escuece! ¿Conque es tan bonita? Ay Juliana, al ver estas cosas, le dan á uno ganas de casarse, verdad? (Yendo á abrazarla.)

JULIANA. ¡Oiga usted, so... Vuelva usté á tocarme y le salto las muelas de una bofetá.

TOMÁS. (Insistiendo.) Pero Julianita... (Ella se defiende y le da un bofeton.) ¡Canario! (¡De mi tierra es, se lo he conocido por la mano!) ¡Ya están aquí! (Levanta el portier; Juliana sale.)

ESCENA II.

ELISA, EMILIA, cogidas del brazo. EMILIO, que da el brazo á la MARQUESA, DOÑA BALBINA, RICARDO, EDUARDO, el MARQUÉS, un POLLO, CABALLERO 1.°, CABALLERO 2.°

EMILIA. ¡Preciosa! ¡Preciosa!

TODOS. ¡Preciosa!

EMILIA. Tu marido es hombre de gusto.

TODOS. ¡Oh!

BALBINA. (Que entra del brazo de Eduardo.) (Un poquito recargado ¿no encuentra usted?

EMILIO. (Llevando á la Marquesa á un sillon.) Siéntese usted... Aquí.

MARQ.ª Gracias, hijo mio.

RICARDO. Pero entren ustedes. (Á algunos, que quedan formando un grupo á la entrada.)

ELISA. (Sentándose.) Papá, venga usted á mi lado.

MARQ. Voy, hija mia. (Al Caballero 1.°) Créame usted; tengo que esforzarme en ocultarlo. ¡La quiero tanto!... Pero perdone usted, me ha llamado.

EMILIO. (Mirando á Elisa.) (Está bonita.)

RICARDO. (Echando el brazo por el hombro á Emilio.) Vamos, hombre, que te embobas. (Continúan hablando aparte.)

EDUAR. (Á la Marquesa.) En todo se conoce la mano de la Marquesa; es proverbial su gusto y su...

MARQ.ª No, pues esta vez ..

EDUAR. ¿No ha sido usted la que?...

ELISA. No, reclamo la gloria para mi marido.

EMILIA. Sí, él ha sido el que lo ha dispuesto todo.

MARQ.ª. (Mirando al Marqués.) (Su marido! Ay!)

MARQ. (Id. á la Marquesa.) (Su marido!)

BALBINA. Pero al ménos no podrá negar que usted le ha servido de modelo.

EDUAR. Lo que yo no me explico, es cómo se han decidido á quedarse en Madrid.

MARQ.ª Caballero, aun así, la separacion es muy dolorosa.

ELISA. ¿Por qué, mamá?

BALBINA. ¡Ay, hija mia! Usted no sabe lo que es eso. Yo recuerdo que el dia que me casé, mi mamá...

EMILIA. Sí, los primeros dias...

MARQ. No señora, siempre.

MARQ.ª Sí, siempre.

CAB. 1.° (Al Caballero 2.°) (No lo dude usted, aquí hay algo. La Marquesa está con las lágrimas en los ojos todo el dia.

CAB. 2.° Pché! Yo he oido decir...)

EMILIO. (Á Ricardo.) (¿Has oido?...)

RICARDO. Ten paciencia. Eso es natural. Como la quieren tanto...

CAB. 1.° (Setenta mil duros de renta.

CAB. 2.° ¿Y él?)

EMILIA. (Á Elisa.) Pero muchacha, te olvidas que tienes que hacer los honores de la casa. Estos señores querrán verla.

BALBINA. Sí, vamos allá.

TODOS. Sí, vamos. Con mucho gusto.

EDUAR. (Á Emilia.) Es usted encantadora; no olvida nada. (Se levantan todos.)

ELISA. Es verdad. ¿Vamos? Pasen ustedes. (Cogiendo la mano al Marqués.) ¿Qué tienes, papá?

MARQ. Nada, hija mia, nada.

ELISA. ¿Vienes, Emilio? (Los Marqueses se miran.)

MARQ.ª (¡Él! ¡Siempre él!)

EMILIO. No, hija mia. Quiero que esos señores juzguen libremente. Voy á descansar aquí un momento. (Acercándose á ella.)

MARQ. Vamos, hija mia.

BALBINA. (Á Emilio al pasar á su lado.) ¡Qué feliz es usted!

EMILIA. Pasen ustedes. (Váuse todos por la puerta de la izquierda, ménos Emilio y Ricardo.)

ESCENA III.

EMILIO, RICARDO.

EMILIO. (Sentándose.) ¡Uf! Tenía verdadero deseo de descansar siquiera un instante. ¡Llevo quince dias!... Siéntate, fumaremos. ¡Tomás!

TOMÁS. (En la puerta.) Señorito...

RICARDO. Cigarros. (Tomás sale.) Conque ya está zanjada nuestra cuenta.

EMILIO. ¿Cómo?

RICARDO. Que nos hemos cumplido la promesa. Tú fuiste mi padrino de boda...

EMILIO. Y tú lo has sido de la mia. ¡Y parecía tan imposible!...

RICARDO. ¡Cierto! ¿Te acuerdas cuando nos prometimos?...

EMILIO. ¿No me he de acordar! Aquella botella de Champagne que empezamos cuando concluimos de ponernos el cuerpo negro á sablazos por la...

RICARDO. ¡Chist!...

EMILIO. Tienes razon. Las paredes oyen. (Tomás entra en una bandeja cajas de cigarros; Emilio y Ricardo toman un cigarro cada uno, encendiéndole en un fósforo que Tomás les da; hecho esto, Tomás sale) Lo cierto es que la chica lo merecía.

RICARDO. ¡Con qué gracia comía langostinos!

EMILIO. Sí, pero tenía más para pedir dinero.

RICARDO. Todo eso pasó.

EMILIO. ¡Quién piensa!...

RICARDO. ¡Y aquellas giras á tu quinta de Carabanchel!... (En voz baja.)

EMILIO. ¡Y aquellas escapadas á París!...

RICARDO. (Alto.) Y las mañanitas del Retiro...

EMILIO. Y la tertulia de la... Digan lo que quieran, la vida de soltero... (Más alto.)

RICARDO. ¡Hombre, por Dios!...

EMILIO. Se me va la lengua: hablando de estas cosas me olvido de que me he casado hoy. ¡Parece mentira!

RICARDO. Verdaderamente. Despues de tantos años de locuras

hechas por María, enamorarte hasta el punto de unirte á otra mujer! Fíe usted en el amor!...

EMILIO. Mira, Ricardo: voy á serte franco. (Mirando alrededor.) Voy á hacerte una confesion. (Elisa aparece en la puerta de la izquierda y se pone á escuchar sonriendo.) Yo no amo á Elisa.

ELISA. (¡Ah!)

EMILIO. Me caso, porque ya es tiempo de poner término á la vida azarosa que hace años consume mi capital y mi salud. Sé que ella es la única mujer que puede hacerme feliz, que es hermosa, honrada y buena... Pero el recuerdo del primer amor no se borra nunca. Ya sabes cómo he amado yo á esa mujer. No la he amado, la amo cada dia más; y sin embargo, me caso por apartarme de ella; pertenece á otro y...

RICARDO. Silencio! Si álguien te oyera... (Elisa hace ademan de presentarse.)

EMILIO. Tienes razon, soy un loco: y es que esta pasion me lo hace olvidar todo. (Elisa vacila un momento.)

ELISA. (Cubriéndose el rostro con las manos.) (¡Dios mio!)

RICARDO. Chico, te confieso que me has dejado frio. ¡Tú, siempre de tan buen humor, hablar en estilo trágico! Me parecía oir un trozo del Werther.

EMILIO. Nubes que pasan. Y á propósito de nubes: ¿has reparado la cara de mis apreciables suegros? ¡Qué suspiros... Qué gestos!... Parece que entregaran su hija á un bandido, á un ogro. Ya me pesa haber accedido á quedarme en Madrid.

RICARDO. Ya te he dicho que eso no debe extrañarte. Es hija única, la alegría de la casa, y los pobres...

EMILIO. Si yo comprendo que lo sientan y que lloren; pero cuando estén solos y no delante de gente. Sobre todo, ¿por qué han de mirarme como basiliscos en cuanto ven que me acerco á mi mujer ó que la dirijo la palabra?

RICARDO. ¿No has oido decir que no hay amor sin celos? Pues tambien los padres tienen celos. Tú les robas el cariño de su hija.

EMILIO. ¿Yo?

RICARDO. Claro, puesto que los deja por tí. ¿Qué hubieras hecho tú con el que hubiera intentado quitarte el cariño de tu madre?

EMILIO. Matarle.

RICARDO. Ellos en cambio te ceden su hija. Ya ves tú si no hacen demasiado.

EMILIO. Sí, es verdad; pero yo le hubiera matado en buena forma y no á fuerza de miradas traidoras y de suspiros ridículos.

RICARDO. No seas vulgar y vayas á renegar de tus suegros á las tres horas de ser yerno. En esto como en todo, ten mucho cuidado. No sientes mal la primera piedra, porque...

EMILIO. Ah! ¿Vas á echarme un sermon? Empieza, ya te escucho. (Arrellanándose en el asiento.)

ESCENA IV.

DICHOS, EMILIA.

EMILIA. ¡Pero se están ustedes así!

EMILIO. ¿Pues qué pasa?

RICARDO. ¿Qué es ello?

EMILIA. Que ya van á servir el té y ha preguntado por usted tres veces...

EMILIO. ¿La Marquesa?

EMILIA. Claro; extraña no verle.

EMILIO. (Á Ricardo.) ¿Lo ves, hombre?

RICARDO. Vamos, no seas chiquillo.

EMILIO. De seguro le parece á mi suegra que hace ya un siglo que no me echa la vista encima. (Llamando.) ¡Tomás!

TOMÁS. (En la puerta.) Señorito...

EMILIO. Ven á ayudarme á servir el té. Pon aquí cigarros. Vamos. (Dando el brazo á Emilia.) Hechicera madrina.... Digo... Chico, perdona.

RICARDO. Anda, anda. Yo no he oido nada. (Salen Emilio y Emilia del brazo. Ricardo se queda un poco atrás.) La verdad es

que mi mujer está esta noche muy bonita, sí señor.

ESCENA V.

TOMÁS, en seguida EMILIO y varios CRIADOS.

TOMÁS. (Entrando con una caja de cigarros.) Aquí está.

EMILIO. (Saliendo.) Pronto, el té. (Vuelve á entrar. Empiezan á cruzar la escena criados con bandejas, teteras, botellas, etc. Detrás de uno de ellos entra Tomás de nuevo con una tetera.)

TOMÁS. Eh! ¿son emparedados?

CRIADO. Creo que sí.

TOMÁS. Espera. (Deja la tetera y se come uno.) Sí. (Cogiendo otro.) Emparedados son. (Sale por la izquierda. Entra un criado por el fondo y Tomás vuelve á entrar, volviendo la cabeza, como si contestara á álguien.) Sí señor. (Tropieza con el criado.) ¡Bárbaro! (Váse corriendo.)

EMILIO. (Saliendo por la izquierda, al criado.) ¿Traes chocolate?

CRIADO. No señor.

EMILIO. Trae. (Le coge la bandeja.) Pronto, chocolate; anda. Precisamente es para mi suegra. (Sale por la izquierda.)

TOMÁS. (Entrando por el fondo con una bandeja.) Á ver si acaban.

EMILIO. (En la puerta.) ¿Es chocolate?

TOMÁS. Sí señor.

EMILIO. Dame. (Le toma la bandeja y sale por la izquierda.)

TOMÁS. ¡Cómo sudo! (Á un criado que entra con una bandeja de sorbetes.) Trae. (Toma un sorbete y se sienta.) Ya he corrido bastante, y esto no es de mi obligacion. (Toma.) En fin, el que tiene la desgracia de servir...

EMILIO. (Dentro.) ¡Tomás!

TOMÁS. (Guardándose el sorbete y cucharilla en el bolsillo del frac.) Señor...

EMILIO. (Saliendo.) Más té.

TOMÁS. Voy.

EMILIO. Espera. Dame algo con que limpiarme. Cualquier cosa, tu pañuelo.

TOMÁS. (Metiéndose la mano en el bolsillo, haciendo un gesto y no atreviéndose á sacarla.) ¡Uf!

EMILIO. Vamos, hombre.

TOMÁS. Es que no le tengo. Voy por él.

EMILIO. (Tomando una servilleta de la bandeja que trae un criado.) Ya hay aquí. (Sentándose.) ¡Uf! no puedo más. (Coge un cigarro y lo enciende.) Descansaré un momento.

CRIADO. (Entrando por la izquierda) La señora Marquesa pregunta por usted.

EMILIO. (Tirando el cigarro.) Voy, voy. (Sale.)

ESCENA VI.

EDUARDO, un POLLO.

EDUAR. (Con un trozo de jamon en dulce en una mano y una botella en la otra. Venga usted, (Al Pollo.) venga usted. Es preciso hacer esto, si no se ha de quedar uno en ayunas. Tome usted. (Dándole un trozo de jamon.)

POLLO. No, gracias. No tengo apetito.

EDUAR. (Comiendo.) Muy mal hecho. Pero un poco de Madera ya querrá usted.

POLLO. Bueno, si es de Madera...

EDUAR. (Dándole la botella.) Tome usted. Pues como le decia, estoy inconsolable. Yo la quiero, y como conozco el carácter del novio... Es más, yo tenía proyecto sobre esa muchacha... Siendo de la familia...

POLLO. ¿Y cómo no se ha lanzado usted ántes?

EDUAR. ¡Pché! Pero beba usted. (Volviéndole la botella.)

POLLO. Muchas gracias. (Bebe.)

EDUAR. Un descuido... imperdonable, pero no irremediable. Tiempo al tiempo. ¡Ah! Aquí hay cigarros. ¿Fuma usted?

POLLO. Sí señor.

EDUAR. (Cogiendo un puñado de cigarros, que se guarda en el bolsillo.) La cuestion es aprovechar las ocasiones.

POLLO. ¿Sí, eh? (Haciendo lo mismo.) Pues mire usted, creo lo mismo. (Algunos convidados cruzan por el foro.)

EDUAR. ¡Hola! Parece que se va la gente... Venga usted... Siempre habrá ocasion de decir algo... Pero es muy

temprano.

POLLO. (Sacando el reló.) Las doce y media.

SEÑORA. (Desde el fondo.) ¡Paquito!...

POLLO. (Tirando el cigarro aceleradamente.) Es mi mamá, que me llama. Voy... Servidor de usted.

EDUAR. (Dándole la mano.) Adios, amigo mio. (Le acompaña hasta la puerta, donde permanece hablando con los qne salen.)

POLLO. (Con temor.) Voy... á tomar otro cigarro. (Lo hace.) (Se lo echaré mañana á Lagartijo.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA, EMILIA, DOÑA BALBINA.

EMILIA. Aquí hace ménos calor.

BALBINA. Es verdad. En el salon hay demasiada luz, y en el comedor no se respira más que humor de cigarro. ¡Qué maldito vicio! Yo me casé con mi segundo marido porque no fumaba. Porque el primero era una chimenea. Á los ocho dias de matrimonio me tenía *culotté* com una pipa.

EMILIA. Sí, es muy molesto. (Á la Marquesa.) Conque, vamos, haga usted un esfuerzo y esté serena para que Elisa no se disguste.

MARQ.ª No puedo, Emilia. Cuando pienso que la pierdo para siempre...

EMILIA. Pero si eso no es verdad.

MARQ.ª ¡Oh! Sí.

BALBINA. Tiene usted razon, Marquesa.

EMILIA. (Esta señora tiene el don de errar.) Permítame usted...

BALBINA. ¡Ay! No. Yo sé muy bien lo que es eso; y más cuando Emilio tenía tanto empeño en ir à París á pasar la luna de miel... El dia ménos pensado lo realizará... y una vez fuera de Madrid, la ausencia, las distracciones... Créalo usted, casar un hijo es perderlo para siempre.

EMILIA. (Me dan tentaciones de decirla...) Usted exagera; Emilio ha dado su palabra y no saldrá de Madrid.

MARQ.ª Sería una infamia.

BALBINA. De todos modos el resultado es igual.

EMILIA. Tenga usted la bondad de...

BALBINA. ¿Y por qué ocultarlo? ¿Por qué engañar á esta pobre madre para que la realidad le sea luégo más dolorosa?

MARQ.ª No; yo bien lo sé: mi corazon me dice...

EMILIA. (Ah! Allí está Eduardo.) Eduardo!

EDUAR. ¿Qué quiere usted?

EMILIA. Venga usted aquí con nosotros.

EDUAR. (No es tan bonita como la novia, pero...) Aquí me tiene usted deseando recibir sus órdenes.

BALBINA. (Viendo á Emilia y Eduardo que hablan en voz baja.) (Siempre se sabe algo nuevo.)

EMILIA. (Á Eduardo.) (Dé usted conversacion á esa señora...)

EDUAR. (Obedezco, aunque eso es cruel, puesto que me aleja de usted.)

EMILIA. (¡Botarate!)

EDUAR. (Pasando al lado de Doña Balbina.) Y usted ¿no piensa cargar por tercera vez con la cruz?

BALBINA. ¡Ay, Eduardo! Están los tiempos muy malos.

EDUAR. Pero usted...

BALBINA. Sólo en un momento de arrebato... de pasion, ofrecería mi cuello al santo yugo.

EDUAR. (¡Pues no sueña todavía!...)

ESCENA VIII.

DICHOS, ELISA y EMILIO, que entra por el foro.

MARQ.ª Sí, ya es hora.

ELISA. No, no te vayas. ¿Verdad que no es hora todavía, Emilia?

EMILIA. Sí, hija mia, sí. Yo estoy rendida... y usted, Marquesa, tambien querrá descansar...

MARQ.ª Sí, es verdad. (Levantándose.) Hija mia. .

ELISA. ¿Pero por qué se van ustedes tan pronto?

EMILIO. De ningun modo...

EMILIA. (Á la Marquesa.) No, aguarde usted. Voy á llamar al

Marqués y á mi marido, que se están por allá charlando.

ELISA. Pero si es muy temprano.

BALBINA. (Á Eduardo.) Le parece temprano... ¡Inocente!

EMILIO. Si no son más que las doce y media. Vamos, siéntense ustedes.

MARQ.ª No, hijo mio, no...

EMILIA. (Á Emilio.) Avise usted á Ricardo.

EMILIO. Dale! Déjelos usted. No vayamos á sacarlos de sus deliquios filosóficos, ó á cortar una discusion política... Vamos, siéntense ustedes.

BALBINA. (Á Eduardo.) Es usted muy malo.

EMILIO. (Que se habrá sentado al lado de Elisa.) ¿Cómo te encuentras, hija mia?

ELISA. Bien.

EMILIO. ¿Un poco cansada?

ELISA. No.

MARQ.ª (Levantándose vivamente.) Yo en cambio, sí lo estoy. (Á Emilio con intencion.) Y usted tambien.

EMILIO. (¡Qué mirada!) De ningun modo... (Se levanta.)

ESCENA IX.

DICHOS, RICARDO, el MARQUÉS.

RICARDO. (Entrando. ¿Qué es esto? ¿En marcha ya?

MARQ.ª A ustedes esperábamos.

BALBINA. (Á Emilia.) ¡Bribon? ¡Qué feliz es usted!

EMILIA. Vamos pues.

MARQ.ª Vamos.

ELISA. (Á Emilio.) El abrigo de mamá.

EMILIO. ¡Tomás! El abrigo de la señora.

BALBINA. (Á Tomás.) ¿Quiere usted mandar traer el mio? (Eduardo sale y vuelve á entrar en seguida, dando los abrigos á la Marquesa y á Balbina.)

MARQ.ª (¡Pobre hija mia!)

EMILIO. (Á Ricardo.) (Esta va á ser la bomba final.)

RICARDO. (Ten paciencia.)

MARQ.ª (Abrazando á Elisa.) ¡Adios, hija mia!

ELISA. ¡Adios, mamá! (Se abrazan llorando. María y Emilia se acercan á ellas.)

BALBINA. (Á Eduardo.) Estas escenas me hacen mucho mal. Los corazones sensibles...

MARQ. (Á Emilio.) Caballero, no olvide usted que le confío lo que más quiero en el mundo.

ELISA. ¿Qué es esto? Agua! Mamá se ha desmayado!

MARQ. ¡Teresa, Teresa!

EMILIA. Marquesa!

EMILIO. (Esto es lo que yo me temía.) (Sale corriendo.)

BALBINA. Un abanico.

EDUAR. Aquí está. (Da el abanico á Doña Balbina.)

ELISA. ¡Mamá! ¡Mamita mia!

BALBINA. Aflójenla ustedes un poco.

EMILIO. (Corriendo con un vaso de agua.) Aquí hay agua.

TOMAS. (Entrando con un bulto de abrigos.) Ya están... ¿Qué pasa?

MARQ. (Quitando el vaso á Emilio.) Traiga usted.

EMILIO. (Y este hombre me mira como si yo tuviese la culpa.) (Á Elisa.) Vamos, Elisa, si esto no es nada. No te apures.

ELISA. (Vivamente.) ¡Déjame!

EMILIO. Pero hombre...

EMILIA. Ya vuelve. Apártense ustedes.

MARQ. ¿Cómo te sientes, Teresa?

ELISA. Mamá.

MARQ.ª Bien; esto no ha sido nada, un vahido...

EMILIO. ¿Está usted ya bien?

MARQ.ª (Con sequedad.) Sí.

EMILIO. (Qué tono! Tambien esta señora me echa á mí la culpa!)

BALBINA. Pobre señora... Es natural... (Á Eduardo.) (¿No le parece á usted esto muy extraño? Mi mamá lloraba, pero no se desmayó.

EDUAR. ¡Quién sabe!)

EMILIA. Vamos, Marquesa, serénese usted para que pueda irse

á descansar.

ELISA. No, quédate aquí. De noche hace siempre frio y podrías caer enferma.

MARQ.ª (Con decision.) No, si ya se ha pasado todo. Vamos. Adios. (Volviendo á abrazar á Elisa.)

EMILIO. Pero no debe usted salir hasta...

MARQ.ª Sí: es preciso terminar. Vamos.

EMILIA. (Abrazando á Elisa.) Adios, muchacha.

ELISA. (Lo mismo á Emilia.) Adios.

EMILIA. (Ten valor, por tu mamá.

ELISA. Le tengo.)

EDUAR. (Á Elisa.) Yo deseo que sean ustedes muy felices.

EMILIA. (Á Emilio, dándole la mano.) Adios, ahijado.

BALBINA. (Á Elisa.) Deme usted un abrazo. (Besándola y mirándola con lástima.) (¡Qué hermosa es! ¡Pobrecita!)

EMILIO. (¿Tambien esta?) (Tomás va sirviendo los abrigos á todos.)

MARQ.ª (Tendiendo la mano á Emilio.) ¡Caballero!...

EMILIA. ¿Qué es eso? Un abrazo. (Obligándolos.) Y usted otro. (Al Marqués.)

MARQ. Recuerde usted que le entrego...

EMILIO. Sé lo que me debo, señor Marqués.

RICARDO. (Á la Marquesa.) ¿Quiere usted mi brazo?

ELISA. No, el mio. (Dando el brazo á la Marquesa.)

RICARDO. (Á Emilio.) Chico, ya sabes... (Le da la mano.)

EMILIO. Gracias... gracias.

EDUAR. Adios, Emilio.

BALBINA. Adios, Emilio. (¡Qué feliz es usted!) Adios, adios. (Coge el brazo de Eduardo, y salen todos ménos Tomás.)

ESCENA X.

TOMÁS.

¡Mala cara lleva el señorito! Me parece que no le va á probar la vida de casado. Y ella está tambien... Verdad que con el desmayo de la mamá... En fin, allá veremos; si la vida nueva no me gusta, buscaré otro soltero á quien servir. (Váse.)

ESCENA XI.

ELISA y EMILIO, que entran por la puerta del fondo.

EMILIO. Elisa...

ELISA. Caballero...

EMILIO. ¿Qué es esto! Cuando por fin se han realizado nuestros más ardientes deseos, cuando mútuamente nos hemos consagrado la vida, me respondes así? Hasta tal punto han podido influir en tí las lágrimas de tu madre, que se sobreponen al eterno amor que me has jurado?

ELISA. Basta, y no añada usted la bajeza á la infamia Ya no necesita usted mentir un amor que no siente, ya no es preciso para conseguir un fin poco noble, representar una miserable comedia...

EMILIO. ¡Elisa!

ELISA. Basta, he dicho. Todo lo sé, todo lo he oido... El desengaño ha sido terrible, pero... (Rompe á llorar.)

EMILIO. Elisa... por Dios... Yo te juro...

ELISA. No, no jure usted... Estas lágrimas se secarán pronto, no le importunaré con ellas nunca más. Y pues que ha llegado la hora de decir la verdad, óigame usted. Le he querido con toda mi alma, hoy mi corazon ha estado á punto de estallar de felicidad, cuando he repetido ante el altar un juramento que ya había hecho á Dios; este juramento está roto. No daré al mundo la satisfaccion de un escándalo; es preciso que nos vean siempre juntos, que nos crean felices... ¡Felices!... Pero entre nosotros no puede haber nada comun. Yo sabré conservar pura su honra de usted porque es la mia. Usted puede seguir amando á esa mujer á quien no conozco; no tema usted que la esposa le pida cuentas. El nudo está roto. (Váse.)

ESCENA XII.

EMILIO, despues TOMÁS.

EMILIO. ¿Qué he hecho?
TOMÁS. (En la puerta.) ¿El señor se va á recoger
EMILIO. No, puedes retirarte.
TOMÁS. Que el señor tenga felices noches.
EMILIO. (Cayendo en un sillon.) ¡Oh! (Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, la MARQUESA, sentados uno á cada lado de la escena, en traje de mañana.

MARQ.ª ¡Pobre hija mia!

MARQ. ¡Ah! (Pausa.) Ya son las nueve.

MARQ.ª Oiremos misa más tarde. Yo no me voy sin verla.

MARQ. Ah! No. (Pausa.) Ayer estaba pálida.

MARQ.ª Verdad. Estaba pálida.

MARQ. Sí, muy pálida.

MARQ.ª ¡Dios mio! ¡Qué intranquilidad! (Pausa.)

MARQ. ¡Estaba pálida!

ESCENA II.

DICHOS, TOMÁS.

TOMÁS. (¡Eh! ¡Ya están aquí los viejos! Todos los dias á las siete de la mañana se encajan aquí, y se están aguardando hasta que la señora se despierta.) Buenos dias, señor Marqués, buenos dias, señora.

MARQ.ª ¡Ah! ¿Es usted, Tomás? ¿Y la niña?

TOMÁS. Creo que ha llamado.

MARQ. ¿No la ha visto usted?

TOMÁS No señor. La doncella es la que entra.

MARQ.ª Tiene razon. (Al Marqués.) (Pregúntale si anoche estaba pálida.)

MARQ. Dígame usted: ¿usted la vió anoche despues del teatro?

TOMÁS. Sí señor.

MARQ. ¿Y usted notó algo?

TOMÁS. ¿De qué?

MARQ. Quiero decir... ¿No le pareció á usted que estaba... así... vamos, algo pálida?

TOMÁS. Cá! no señor. Serían los polvos de arroz.

MARQ.ª Luego usted notó que estaba pálida cuando cree que serían...

TOMÁS. No, no señora. Decía eso por decir. Yo no me fijé... porque...

ESCENA III.

DICHOS, JULIANA.

MARQ.ª Ah! Juliana, ¿cómo está la señora? ¿Se ha levantado ya?

JULIANA. Buenos dias, señora Marquesa. La señorita tardará aún en levantarse.

MARQ. Entónces oiremos misa mientras se levanta.

MARQ.ª Sí.

MARQ. (Á la Marquesa.) (Pregúntale si estaba pálida.)

MARQ.ª Diga usted. ¿Tiene hoy buen color?

JULIANA. Sí señora, como una rosa.

MARQ. Lo decíamos porque anoche parecía que estaba pálida. En fin, luégo lo veremos. No se olvide usted de decirle que hemos estado.

MARQ.ª Sí. Y que volveremos en seguida. Adios, Tomás. Adios, Juliana. (Á Juliana.) Cuídela usted bien. (Le da dinero.)

JULIANA. Pierda vuecencia cuidado.

MARQ. (Dando dinero á Tomás.) No me ocultes nada.

TOMÁS. Descanse vuecencia en mí. (Salen los Marqueses.)

ESCENA IV.

TOMÁS, JULIANA.

JULIANA. (Á Tomás.) Mira. ¡Un duro!

TOMÁS. (Á Juliana.) Mira. ¡Dos!

JULIANA. Ajajá.

TOMÁS. Venga un abrazo.

JULIANA. (Resistiéndose.) Vamos...

TOMÁS. (Abrazando á Juliana.) Así te quiero yo.

JULIANA. Vamos, no seas animal. Si saliera el señorito...

TOMÁS. ¡Demonio! Y que ha echado un genio desde que se casó... Bien decía él, que no le había de probar la vida de casado.

JULIANA. Cá! no es eso. Mira, á mí no hay quien me quite de la cabeza que aquí hay algo gordo. Los ataques de nervios de la señorita y el mal humor de él... Ya se sabe; en cuanto se quedan solos, campanillazo. «Una taza de tila,»—dice ella.—«El sombrero y el baston,»—dice el amo.—Yo ya no aguardo á que me pidan; en cuanto llaman, ¡zás! le traigo la taza de tila.

TOMÁS. Bueno, pero eso no es más sino que como no tienen por qué reñir, les pasa lo que al corregidor de Almagro, que se murió de pena porque al secretario del ayuntamiento le habian sacado ancho un chaleco.

JULIANA. ¿Y eso de tener cuarto separado?

TOMÁS. Es moda.

JULIANA. Tú eres muy bobalicon. De seguro que tampoco has reparado en las visitas del pollo.

TOMÁS. ¿De don Eduardo?

JULIANA. ¡Pues! Ese anda á la husma...

TOMÁS. ¿Y crees tú que la señorita...

JULIANA. ¿Yo? Oye. (Se acerca.)

ESCENA V.

DICHOS, EMILIO, con un periódico en la mano.

EMILIO. ¿Qué haceis aquí?

JULIANA. Yo estaba concluyendo de arreglar...

TOMAS. Y yo...

EMILIO. ¿Han traido *El Imparcial?*

JULIANA. Ahí te quedas. (Váse.)

TOMÁS. (Acercándose á Emilio y mirando.) Sí señor.

EMILIO. Tráelo en seguida. (Pausa.) ¿Qué miras?

TOMÁS. Que me parece que lo tiene usted en la mano.

EMILIO. (Es verdad.) (Se sienta.) Á mí no se me replica.

TOMÁS. (No durará mucho entero. ¿Si querrá que me vaya ó que me quede?)

EMILIO. ¡Es una situacion insostenible!

TOMÁS. (Habla solo... ¡Malo! Me voy.)

EMILIO. Y yo me tengo la culpa... ¡Bestia de mí! (Arroja el periódico.)

TOMÁS. (¿No lo dije? Me voy.)

ESCENA VI.

EMILIO.

¿Qué estúpida tentacion de hablar me dió á mí aquella noche? Bien la he pagado. Poseer ante Dios y ante los hombres una mujer hermosa... Porque lo es... y mucho; oir las bromas inconvenientes de los amigos: el uno. «Vamos, que te has proporcionado una mujer...» «Todos los pícaros tienen suerte.» El otro: «Cuándo eres papá? ¿Se aumentará pronto la familia?» Y llevarla por ahí del brazo, y oir á cada momento: «Adios, pareja feliz...» Y entre tanto, nada; aunque yo no la quiera... Es que ya hasta dudo de si la quiero. Pero yo puedo exigirla... Vamos, estoy loco. En nombre de qué derecho puedo yo obligar... Aquí está. (Levantándose y yendo á saludarla vivamente.)

ESCENA VII.

EMILIO, ELISA, elegantemente vestida de mañana.

EMILIO. ¿Cómo has pasado la noche? ¿Te encuentras bien?

ELISA. Bien, gracias. (Se sienta.) (¡Ha tenido una rabieta!) (Viendo el periódico arrugado.)

EMILIO. (¡Y qué gusto tiene para vestir!...)

ELISA. La garganta es sólo lo que me molesta algo. Debí constiparme anoche. (Llevándose la mano á la garganta.)

EMILIO. Es preciso que... (¡Pues y el descote!) (Sentándose á su lado.) Es preciso que tengas cuidado; la salud...

ELISA. ¡Oh! No hay miedo, me siento muy bien. Ya sabes que esta noche reciben las de Cortés. Tengo comprometido un vals desde el sábado último.

EMILIO. ¿Un vals? ¿Y con quién?

ELISA. Con García. Aquel muchacho...

EMILIO. Sí. (Hasta eso. Todos bailan con ella ménos yo.) Pues iremos... Y tal vez me anime yo... Si no fuera ridículo, te pediría el segundo vals.

ELISA. No, ridículo...

EMILIO. (Acercándose más.) Ah! conque tú crees...

ELISA. (Apartándose.) Ten cuidado, vas á arrugarme el vestido.

EMILIO. Perdona... (Levantándose.)

ELISA. No, si puedes sentarte. Hay sitio.

EMILIO. (Volviendo á sentarse.) ¿Conque no te parece ridículo que bailemos juntos?

ELISA. ¿Por qué?

EMILIO. Entre marido y mujer...

ELISA. Sin embargo...

EMILIO. Pues nada, bailaremos... (Dándola golpecitos en la mano.) Y digan lo que quieran. ¡Ya hace tiempo que no tengo ese placer! Porque, no es lisonja, bailas admirablemente. (Cogiéndola la mano.) (Algo se pesca.) Me acuerdo de la primera vez que bailé contigo... en casa de tu tia. Estabas tan linda... (Llevándose la mano de ella á la boca.)

ELISA. (Retirándola.) Sí, entónces...

EMILIO. (Oh! Esto es para desesperar á un santo! (Levantándose.) Todo es inútil! Me voy por no hacer una atrocidad!) (Timbre.)

ELISA. ¿Te vas?

EMILIO. Sí; vuelvo en seguida...

ELISA. (¡Y dudo todavía!... ¡Infame!) (Timbre. Aparece en la puerta Tomás con el sombrero y el baston y detrás Juliana con una taza de tila.)

EMILIO. El sombrero y...

TOMÁS. (Presentándoselos.) Aquí están. (Váse corriendo detrás de Emilio.)

JULIANA. La tila.

ELISA. Trae.

JULIANA. (Mal dia se presenta. Voy á mandar poner un caldero á la lumbre.)

ESCENA VIII.

ELISA, JULIANA, á respetuosa distancia, despues de haberla servido el azúcar.

ELISA. (¡Y no he de lograr vencerle!... Me consume esta lucha!... ¡Me pongo fuera de mí; pegaría á alguno! (Mordiendo el pañuelo.)

JULIANA. (¡Huy! Muerde. ¿Cómo se habrán puesto?)

ELISA. (Y le quiero... ¡Le quiero cada vez más!... ¡Dios mio! ¡Qué infeliz soy!) (Llorando.)

JULIANA. (Ahora llora... ¡Malo! Sólo falta el ataque de nervios.)

ELISA. (Levantándose.) Llévate eso y ven á mi cuarto. (Váse.)

JULIANA. Pero ¿qué habrá aquí? Yo no lo entiendo. Ellos se quieren, y á pesar de eso... ¿Eh? Ya está aquí el pollo. ¿Si será el pollo? (Váse.)

ESCENA IX.

EDUARDO, TOMÁS.

EDUAR. Pero ¿dónde va tan de prisa Emilio?

TOMÁS. No sé, señorito.

EDUAR. ¿Ha habido algo?

TOMÁS. No sé, señorito.

EDUAR. Pero...

TOMÁS. No sé, señorito.

EDUAR. (Dándole un duro.) ¿No sabes, eh?...

TOMÁS. Es decir... Me parece que se han peleado.

EDUAR. ¡Magnífica ocasion! Corre á anunciarme á la señora.

TOMÁS. ¿No quiere usted saber más?

EDUAR. No; anda aprisa. (Váse Tomás.) Me cuesta dinero, pero la mujer lo vale. Claro, á los dos meses la ilusion se acabó... y cómo lo acerté! Emilio es un necio; enamorado de su mujer, anda siempre babeando; y ella, es natural, se habrá cansado de tanta zalamería. Es más pesado... ¿Le daré la carta ó me lanzaré á hablar? Segun se presente...

TOMÁS. (Entrando.) La señora tiene jaqueca y le suplica á usted la dispense...

EDUAR. ¿Tambien hoy? (Sonriéndose.)

TOMÁS. Parece casualidad; pero lo mismo es entrar usted, que darle la jaqueca á la señora...

EDUAR. Lo comprendo.

TOMÁS. (Y yo tambien.)

EDUAR. Eso es buena señal...

TOMÁS. ¿Buena?

EDUAR. ¡Claro, hombre; me tiene miedo!

TOMÁS. ¡Ya!

EDUAR. Pero á mí no me conviene ya tanto miedo y... ¿Me puedo fiar de tí?

TOMÁS. Ya sabe usted...

EDUAR. Pues necesito que entregues esta carta á tu señora.

TOMÁS. ¡Yo! ¿Pues qué se ha creido usted?... ¡Hombre, no faltaba más!

EDUAR. (Dándole dinero.) Es un servicio como otro cualquiera.

TOMÁS. (Cogiéndolo.) Pero mi honradez... De ningun modo.

EDUAR. (Dándole más.) Tú no vas perdiendo nada.

TOMÁS. En fin, yo... mi obligacion es obedecer y...

EDUAR. Cuenta con el doble por la contestacion. Volveré. Abur. (Esto es mejor... Aunque estoy seguro... Siempre el rubor....) (Váse.)

ESCENA X.

TOMÁS, luégo EMILIO.

TOMÁS. Yo no me meto en nada y... Pero ¿había yo de ayudar á que este señor le hiciera á mi señorito... De ningun modo. ¿Y qué hago yo con la carta? Yo soy un hombre honrado y no puedo faltar... El tomar dinero no es ningun pecado, pero ser el que... Vaya, que no sé qué hacer.

EMILIO. (Entrando.) Ya es la hora de almorzar. (Á Tomás.) Vamos, ¿qué haces?

TOMÁS. Voy... Es que... (Saca la carta y se la vuelve á guardar.)

EMILIO. ¿Qué?

TOMÁS. (¿Y si el prímer momento le pago yo?) Nada, que si quería almorzar el señor.

EMILIO. Ya te he dicho que sí.

TOMÁS. (Se la daré luégo de almorzar para no quitarle el apetito.)

EMILIO. Avisa á la señora.

TOMÁS. Está bien.

ESCENA XI.

DICHOS, ELISA.

EMILIO. ¡Ah! ¿Ya estás aquí? Almorzaremos.

ELISA. Bueno.

TOMÁS. ¿Almorzará aquí la señora?

EMILIO. ¿Quieres que almorcemos hoy tambien aquí?

ELISA. Sí, mejor es. (Tomás sale.)

EMILIO. ¿Vas á salir despues de almorzar?

ELISA. No; tengo que escribir. (Entra Tomás, llevando un velador con servicio, ayudado por otro criado. Emilio y Elisa se sientan á la mesa y quedan en silencio hasta que Tomás vuelve á entrar con servicio.)

EMILIO. Está muy buena la mañana.

ELISA. Sí.

EMILIO. (¡Y qué mona está! ¡Eh! No puedo atravesar un bocado.)

ELISA. ¿No almuerzas?

EMILIO. Sí... (Come.) ¿Y tú? (Tomás sigue sirviendo.)

ELISA. No tengo apetito. (¡Dios mio!) (Suspirando.)

EMILIO. (¡Me va á dar una indigestion!) (Deja el tenedor. Tomás cambia el plato y sirve otro.)

TOMÁS. (Viendo que no se sirven.) ¿Los señores no se sirven?

EMILIO. Sí... (Sirve á Elisa.)

ELISA. No, yo no quiero.

EMILIO. Yo tampoco.

TOMÁS. (Hoy es dia de ayuno.)

EMILIO. (¡Qué posicion!)

ELISA. (¡Y aún le quiero y...)

EMILIO. (¡Esto no es vida!) (Los dos se levantan.) ¿Te pasa algo?

ELISA. (Al mismo tiempo.) ¿Te vas?

EMILIO. No... Sí...

ELISA. Cómo...

CRIADO. (En la puerta.) La señorita Emilia y el señorito Ricardo.

ELISA. Adelante. (Sentándose apresuradamente.)

EMILIO. Que pasen. (Haciendo lo mismo.)

ESCENA XII.

DICHOS, EMILIA y RICARDO.

RICARDO. (Que aparece con Emilia en la puerta.) ¡No os movais, no os movais!

EMILIO. Tomás, acerca sillas. (Emilia y Elisa se abrazan, Ricardo y Emilio se dan la mano.)

EMILIA. (Dando la mano á Emilio.) ¿Y usted?

EMILIO. Muy bien; gracias. (Se sientan.)

ELISA. ¿Y los chiquitines?

EMILIA. Por ahora, gracias á Dios, buenos y contentos. (Tomás sigue sirviendo.)

EMILIO. (Á Elisa.) ¿Tomas budingg?

ELISA. No, fruta.

EMILIO. Vamos, este pedacito.

ELISA. No.

EMILIO. (Á Emilia.) Es preciso que la riñan ustedes. No consigo hacerla comer apenas.

RICARDO. Mal sistema.

EMILIA. Pero muchacha... ¡Y es verdad! Te encuentro desmejorada.

ELISA. No, pues me siento bien.

RICARDO. Acaso sea otra cosa.

EMILIA. ¡Qué! ¿Hay novedades? (Pausa.) ¡Vamos, hable usted, picaron!

EMILIO. No, no hay... (Emilio y Elisa parecen ensimismados.)

RICARDO. Pero chico, ¿qué demonios os pasa?

EMILIO. (Nada, hombre, nada. (Con exagerada alegría.) ¿Qué nos ha de pasar?... ¿Verdad, Elisa?

EMILIA. ¿Os estorbamos?

ELISA. De ningun modo. ¡Qué disparate!

EMILIO. ¡Hombre!... ¡por Dios!

EMILIA. (Á Elisa.) Conque vamos, cuéntame. ¿Cómo te va en la nueva vida? ¿Eres feliz?

ELISA. (Con lágrimas en los ojos.) ¡Mucho!

RICARDO. (Emilia y Ricardo se miran con intencion.) No podía ser otra cosa.

ELISA. No sabes cuánto te agradezco la visita.

RICARDO. Tal vez no nos la agradezca usted tanto, cuando sepa á qué venimos.

EMILIA. Es verdad, venimos á robaros un dia.

EMILIO. ¡Cómo!

EMILIA. Mañana hace años que nos casamos, y queremos solemnizar el aniversario con una gira á nuestra casa de Pozuelo.

RICARDO. Una orgía de casados. Allí no se admite ningun zángano. Queremos que todos estén tranquilos.

EMILIO. Muy bien pensado. ¿Y venís á invitarnos?

EMILIA. Claro. ¿Habíamos de olvidarles á ustedes?

EMILIO. Pues... Elisa... dirá...

ELISA. Con mucho gusto.

RICARDO. Entonces, á las diez en casa. Allí habrá ómnibus para

las señoras y breks para los hombres que no quieran ir á caballo. El programa es el siguiente: viaje, paseo por el jardin, almuerzo, siesta... (Á Emilio.) Aros, pelota, volante, etc., comida y baile campestre.

EMILIA. Olvidas lo mejor.

RICARDO. ¿Pues?...

EMILIA. En el intermedio de la comida al baile, Pepin, nuestro hijo, dirá unos versos que su papá me dedica.

RICARDO. Bah! Ya lo ha charlado.

EMILIA. ¿Crees tú que los paseos de estos dias no me han dado que sospechar? Te ha hecho traicion por una caja de soldados...

ELISA. (¡Cómo se quieren!)

EMILIO. (¡Qué felices son!)

RICARDO. Conque ya sabeis... Contamos con vosotros.

ELISA. Sí.

EMILIO. Sí.

EMILIA. Y vámonos, que aún nos quedan muchas invitaciones que hacer. La vuestra ha sido la primera.

EMILIO. Entónces no les detenemos á ustedes. (Vuelven á saludarse como al principio de la escena. Elisa toca el timbre.)

EMILIO. ¡Tomás!... Conque adios...

RICARDO. ¡Adios, pareja feliz!

EMILIO. (¡No digo!...)

ESCENA XIII.

DICHOS, JULIANA, con la taza de tila, TOMÁS, con el baston y el sombrero de Emilio.

JULIANA. Aquí está la tila.

TOMÁS. El sombrero y el...

EMILIA. (Á Elisa.) ¿Pues no decías que estabas buena?

ELISA. Sí... pero... es para la digestion. (Á Juliana.) Llévate eso.

RICARDO. (Á Emilio.) ¿Vas á acompañarnos?

EMILIO. No... es que... para hacer la digestion suelo salir... (Á Tomás.) (¡Ánima!!) (Ricardo y Emilia se miran.)

JULIANA. (Yo creí..)

TOMÁS. (Hemos metido la pata; claro, la costumbre...)

EMILIA. (Cogiéndose del brazo de Ricardo.) Vaya, no salgais... Adios...

RICARDO. Adios! (Salen Ricardo, Emilia, Elisa y Emilio.)

ESCENA XIV.

TOMÁS, un Criado.

TOMAS. (Al criado.) Vamos, ayúdame á quitar esto. No ha estado mal golpe. Yo con el sombrero y la otra con la tila... ¡Jé, jé! (Salen los dos, llevándose el velador.)

ESCENA XV.

EMILIO, entrando.

¡Nos han puesto en ridículo esos bestias! Pero no tienen ellos la culpa. Se han acostumbrado ya; como la escena se repite seis ó siete veces cada dia, es natural... Aquí hay que poner un remedio... heróico. Yo sufro horriblemente... porque la quiero, sí; ¿por qué ocultarlo? La quiero como un animal. No es su posesion lo que deseo, sino su cariño. No es mi satisfaccion, sino su felicidad. Y esto es imposible. ¿Por qué? ¿No me creyó al oirme que no la amaba, por qué no me ha de creer cuando la jure que la adoro? Sí, se lo diré. Decírselo... El proyecto es fácil. ¿Cómo se lo digo? Me faltaría valor. Ah! Qué idea! Se lo escribiré: tendré la audacia del cobarde. Sí, y si me desoye, entónces... la vida es poca cosa. (Va á la mesa y escribe.) «Señorita.» ¡Qué barbaridad! ¡Demonio! La obra es más difícil de lo que yo me creía. Es preciso inventar un formulario nuevo. ¡Un marido que se declara á su mujer! (Escribe.) Esto es: «á la luz!» (Escribe.) «Tu perdon.» (Escribe.) «La vida.» (Doblando la carta y metiéndola en un sobre.) Sí, es preciso concluir. (Escribe.) «B. L. P. á la señora do-»ña Elisa Vargas...» su... su... ¿qué? «Su marido.»

Claro: como que soy su marido. ¿Y con quién se la envío? Con Tomás. Le daré una buena propina. ¡Tomás!

ESCENA XVI.

EMILIO, TOMÁS.

TOMÁS. ¡Qué manda el señorito?

EMILIO. Acércate. Voy á confiarte una comision importante.

TOMÁS. (Está de buenas Le daré la carta.) Ya sabe el señor...

EMILIO. Conozco tu fidelidad, y por lo mismo te anuncio que si cumples á mi gusto, te daré media onza.

TOMÁS. Yo por el señor me juego la cabeza y mucho más.

EMILIO. Ya lo sé; y por media onza la tuya y la del vecino. Dejemos eso. Vas á entregar una carta á la señora, ¿eh?

TOMÁS. Una... carta... (¡Me pescó!) Yo... crea el señor que..

EMILIO. Por supuesto, sin que lo sepa nadie, porque...

TOMÁS. Es que yo lo he hecho...

EMILIO. Basta de explicaciones. Tú se la vas á dar.

TOMAS. Si el señor se empeña... (Aquí va á haber un desastre) Pero...

EMILIO. ¿Qué? ¿Qué te sucede!

TOMÁS. Nada, es...

EMILIO. Es una broma que preparo yo á Elisa.

TOMÁS. ¡Ah! Es una broma...

EMILIO. Si, hombre, sí.

TOMÁS. (¡Qué bromas se les ocurren á todos los maridos!) Entónces...

EMILIO. Tú se la entregas y me traes la contestacion.

TOMÁS. (Él me da permiso...) Está muy bien. Voy en seguida.

EMILIO. Aguarda, hombre. ¿Y la carta?

TOMÁS. La tengo ya.

EMILIO. ¡Cómo?

TOMÁS. Si iba yo á enseñársela á usted creyendo que no lo sabía. Me la ha dado el señorito Eduardo.

EMILIO. ¡Eduardo!

TOMÁS. Mire usted. (Le da la carta)

EMILIO. Trae. (Rompe el sobre y lee. Tomás, que empieza á mirarle

leer sonriendo, va poniéndose serio á medida que Emilio lee y da algunos pasos atrás.)

TOMAS. (¿Eh? ¡Me parece que he hecho uua barbaridad!)

EMILIO. (Arrojando la carta y lanzándose á buscar un baston.) Miserable!...

TOMÁS. Señorito... no se acalore usted... Yo no sabía...

EMILIO. Ven acá! (Dirigiéndose á él.)

TOMÁS. (Huyendo.) Pero es que...

EMILIO. Ven acá, ó no respondo...

TOMÁS. Pero prométame usted...

EMILIO. Ven acá.

TOMAS. ¿Qué quiere el señor?

EMILIO. ¿Quién te ha dado esta carta?

TOMÁS. El señorito Eduardo.

EMILIO. ¡Eduardo! ¿Cuándo?

TOMÁS. Hace poco, cuando ha estado aquí.

EMILIO. ¿Ha estado aquí?

TOMÁS. Sí señor, viene casi todos los dias.

EMILIO. ¿Y ha visto á Elisa?

TOMÁS. No señor. La señorita no le recibe nunca. Dice que le da jaqueca.

EMILIO. ¿Y no te ha dado ninguna otra carta?

TOMÁS. No señor, es la primera.

EMILIO. Pero dinero sí te ha dado...

TOMÁS. Señor...

EMILIO. Dí la verdad.

TOMÁS. Creo que sí.

EMILIO. ¿Es decir, que vendes á tu amo por unos duros?

TOMÁS. No señor, si le iba á enseñar á usted la carta para que estuviera alerta. Pero he tenido miedo.

EMILIO. ¿Y dónde has quedado en llevarle la contestacion?

TOMÁS. Vendrá él por ella ahora.

EMILIO. Pues bien, cuando venga, hazle entrar aquí.

TOMÁS. ¿Y si me pregunta?

EMILIO. Yo saldré en seguida. Ahora, vete.

TOMÁS. Pero el señor me perdonará... sí...

EMILIO. ¡Vete!

ESCENA XVII.

EMILIO, despues EDUARDO.

EMILIO. ¡Oh! Es natural... Nuestra posicion ha trascendido fuera... Y ese necio ha querido sacar partido de ella. Necesito beber su sangre... Y ella .. No; ella es honrada... ¡Oh! ¡Ahora acaba de descorrerse el velo de mi alma, ahora comprendo cuánto la quiero!

TOMÁS. (En la puerta.) El señorito Eduardo.

EMILIO. (¡Ah!) Adelante. Pase usted.

TOMÁS. (Saliendo.) (¡La que se va á armar!)

EDUAR. (Entrando) Adios, querido Emilio, flor y nata de los maridos. ¿Cómo va? ¿Y la encantadora Elisa?

EMILIO. Muy bien, gracias. (No sé si me podré contener.) Siéntese usted...

EDUAR. Tanto tiempo sin tener el gusto de verle á usted...

EMILIO. Yo soy quien tiene el placer...

EDUAR. Se comprende; las dulzuras de la luna de miel... Son ustedes el matrimonio modelo. Siempre juntos, siempre...

EMILIO. Lo que no impide que algun necio pretenda nublar la luna...

EDUAR. ¿Sí, eh? (¡Demonio!) Pero usted debe estar tranquilo...

EMILIO. Completamente.

EDUAR. (¡Infeliz!) Es claro, con una mujer como Elisa...

EMILIO. No es eso sólo. Tengo un admirable acierto en la pistola, y para casos extraordinarios un roten superior... ¿Quiere usted verlo?

EDUAR. No señor... no se incomode usted. (Saca el reloj.) ¡Caramba! Las tres... Perdone usted, tengo un asunto urgentísimo.

EMILIO. De ninguna manera. No consiento que usted me prive de su amable compañía. Ademas tengo que decirle una cosa...

EDUAR. Pero es que me corre mucha prisa. Otro dia...

EMILIO. No, hombre, no.

EDUAR. (Cómo me mira este hombre!) Perdóneme usted si insisto.

EMILIO. (Sentándole á la fuerza.) No, hombre, no.

EDUAR. Pero señor don Emilio... (Levantándose.)

EMILIO. (Volviendo á sentarle.) Le he dicho á usted que tengo que tengo que decirle una cosa.

EDUAR. Caballero...

EMILIO. No se moleste usted. Estoy acostumbrado á tratar á algunos botarates, y sé perfectamente la manera de hacerles entrar en razon.

EDUAR. Pero ¿qué quiere decir?...

EMILIO. Nada, que he decidido librar á la sociedad de un necio y voy á ponerlo en práctica. Aguárdeme usted aquí; daremos un paseito, y por el camino le enseñaré cómo se escriben cartas.

EDUAR. Pero...

EMILIO. Ahora hablaremos. Y no se mueva usted, porque...

EDUAR. Bien, aquí le espero. (¡Dios mio! Yo no sé lo qne me pasa. Ese infame de Tomás... Y ella, ¿sabrá algo?)

ESCENA XVIII.

EDUARDO, ELISA, luégo TOMÁS.

ELISA. Á las cinco. (Viendo á Eduardo.) ¡Ah! ¿Es usted? Permítame usted que...

EDUAR. Un momento, señora, un momento nada más. Ya que voy á morir por usted, no quiero que ignore la causa. Su marido de usted ha sorprendido una carta que la he dirigido y vamos á batirnos. Que lleve yo siquiera el consuelo de haber merecido una mirada. (Elisa toca el timbre.)

EDUAR. Yo adoro á usted!

TOMÁS. (En la puerta.) ¿Qué manda la señora?

ELISA. Acompaña á este caballero hasta la puerta.

EDUAR. ¿Qué?

ELISA. (Á Tomás.) Acompaña á este caballero hasta la puerta.

EDUAR. Á los piés de usted. (¡Y detrás de esto el marido!)

ESCENA XIX.

EMILIO, ELISA, TOMÁS, JULIANA.

ELISA. ¡Batirse! ¡Dios mio! Y si le matara... No, yo lo impediré.

EMILIO. (Saliendo.) Vamos. (Viendo á Elisa.) ¡Ah! ¿Estabas aquí?

ELISA. Sí.

EMILIO. ¿Y Eduardo?

ELISA. Le he despedido yo.

EMILIO. ¡Tú!

ELISA. Sí.

EMILIO. (Yo le buscaré.)

ELISA. ¿Te vas?

EMILIO. Si. Voy á dar un paseo...

ELISA. No mientas. Sé que quieres batirte con ese infeliz.

EMILIO. ¡Infeliz... y te hace el amor!...

ELISA. ¿Y esa es razon bastante para que des un escándalo y crea la gente que has dudado de mí?

EMILIO. No he dudado nunca.

ELISA. Entónces, á qué exponerte neciamente?

EMILIO. Porque sí, porque esta situacion es insostenible; y sobre todo, porque nadie tiene derecho á hacer el amor á mi mujer, cuando yo, que soy su marido, no se lo hago. Además, porque necesito descargar en álguien mi cólera y la desesperacion en que me tienes.

ELISA. ¿Yo?... ¿Pues qué no oí de tus labios, que no me amabas, que me habías engañado?

EMILIO. Sí, es verdad, yo lo dije...

ELISA. ¡Ah! ¿No lo niegas?

EMILIO. No. (Llamando.) ¡Tomás!

ELISA. ¿Te vas?

EMILIO. Sí; me voy. (Y yo la había escrito la carta!... ¡Soy un estúpido! (Toca el timbre.)

TOMÁS. El sombrero.

JULIANA. La tila.

EMILIO. Si tropezara con alguno en la calle...

ELISA. ¡Esto no es vivir!

TOMÁS. (Á Juliana.) (Esta vez no nos hemos equivocado.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, un CRIADO, el MARQUÉS y la MARQUESA.

CRIADO. Los señores. (Anunciando.)

EMILIO. ¡Esto faltaba!

MARQ.ª Adios, hija mia... ¿Qué es eso? ¿qué tomas? (Acercándose y mirando la taza.) ¡Tila! (Al Marqués.) ¡Ya toma tila! ¡Pobre hija mia!... (Cayendo en un sillon y llorando.)

EMILIO. (Á Juliana.) Otra taza á la señora.

MARQ. (Cayendo en otro sillon.) ¡Dios mio! ¡Tila!

EMILIO. ¡Dos tazas! ¡Tres! Yo tambien la tomaré.

JULIANA. (Saliendo con tazas de tila que todos toman.) (Bien hice yo en poner el caldero.) (Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin. En primer término derecha, la conclusion de una calle de boj de unos cinco piés de alta.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, ELISA, EMILIO, RICARDO, jugando á los aros en el fondo: en primer término, derecha, un corrillo donde están DOÑA BALBINA, SEÑORAS y CABALLEROS; todos visten elegantes trajes de campo; unos sentados en sillas, otros en el suelo. En el primer término izquierda el Caballero 3.° lee *El Imparcial*; otros dos Caballeros se pasean.

EMILIA. (Á Elisa.) Muchacha, que te descuidas.

RICARDO. (Tirando un aro.) Allá va ese.

SEÑ. 2.ª (Cogiendo el pañuelo que le tira una Señora.) «De cedro;» de la Habana ha venido un barco cargado de... (Tirando el pañuelo á un Caballero.)

CAB. 2.° (Por más que hago, no puedo ponerme al lado de mi mujer.) Calamidades. De la Habana ha venido un barco cargado de... (Tirando el pañuelo á una Señora.)

SEÑ. 1.ª Cerezas. De la Habana ha venido un barco cargado de... (Tirando el pañuelo.)

BALBINA. Zapatos.

TODOS. ¡Prenda! ¡Prenda!

BALBINA. ¿Por qué? ¿No estamos apurando la ce?

CAB. 2.° Por eso; ha dicho usted zapatos.

BALBINA. Ah! ¿Zapatos no se escribe con ce?

TODOS. No, no.

BALBINA. Pues yo siempre lo he escrito así. (Los del corrillo se miran y comprimen la risa. Por fin suelta uno la carcajada y le siguen los demas con mucha algazara.)

RICARDO, CAB. 3.° (Acercándose.) ¿Qué es eso?

TODOS. Nada... nada...

CAB. 3.° (Mi mujer anda por ahí... habrá dicho alguna atrocidad!)

BALBINA. Bueno, pagaré prenda: ahí va un guante.

CAB. 3.° (Volviendo la cabeza y marchándose.) (¡Un guante! Me escurro. Ya sabía yo que acabarían por pedir dinero.)

ELISA. ¡Ay! ¡Qué cansada estoy! Dejemos los aros.

EMILIA. Bueno.

EMILIO. (Nada. No entra por el aro... Yo que había propuesto este juego para ver...)

CAB. 2.° (¡Demonio! ¿Cuándo llegará la hora de almorzar? Tengo hasta desfallecimiento!...)

RICARDO. Les dejo á ustedes. Voy á ver si está el almuerzo.

TODOS. (Levantándose apresuradamente.) ¡Ah! ¿Está ya el almuerzo? El almuerzo... vamos...

RICARDO. No; decía que voy á dar prisa.

TODOS. (Volviendo á sentarse con tristeza.) Bueno, todavía no es hora.

CAB. 2.° (Bostezando.) Yo no tengo apetito. Lo que es por mí...

EMILIA. ¿Quieren ustedes que vayamos á ver la huerta ántes que tenga más fuerza el sol?

TODOS. Sí... sí... vamos. (Levantándose y saliendo.)

BALBINA. Digan lo que quieran, no hay nada como el campo.

CAB. 2.° (¡Á ver si ahora consigo ir con mi mujer!)

ESCENA II.

EMILIO.

(Mirando á Elisa.) ¡Cada dia más hermosa! Y yo cada dia más... Porque yo no sé... hay algo extraño en estos

hermosos dias de primavera... Cuestion de nervios... es el olor de las violetas. Sí, el olor de las violetas, la luz espléndida del cielo, la brisa, las flores que nacen, las hojas brillantes de los árboles... ¡Qué tontería!... Estoy haciendo un capítulo de novela... Aquí, aquí está lo que me preocupa... (Sacando una carta del bolsillo.) Hace veinticuatro horas que la escribí y ya está sucia y arrugada... Es natural, no hago más que sacarla y meterla en el bolsillo... ¡Pero si no hay modo de que llegue á su destino! Por el correo interior... Es ridículo... ¿Y de quién me fiaría yo?

ESCENA III.

EMILIO, RICARDO, que atraviesa la escena.

EMILIO. ¡Ricardo!... Este puede muy bien... (Llamándole.) ¡Ricardo!... ¿Dónde vas?

RICAR. Chico, no me puedo detener. Voy á mandar que cojan fresas.

EMILIO. Oye, yo quisiera...

RICAR. ¿Qué?... Pero dilo pronto.

EMILIO. Quisiera confiarte una comision delicada...

RICAR. ¿Qué es?

EMILIO. (¡Enterarle!... Elisa se ofendería con razon...) Nada, nada... pensándolo mejor...

RICAR. Pero dime siquiera...

EMILIO. Pero es que si no se la doy... Pues mira, yo... Mejor dicho, la fatalidad... Tú recordarás que el dia de mi boda... (Vamos, no se lo digo.) Mira, es cosa larga. Vete á coger las fresas y te lo contaré despues.

RICAR. Bueno, ya sabes que puedes contar conmigo para todo. Vengo en seguida.

EMILIO. (Sí, él es el único... Nada, está decidido.) Chico, mira... mi mujer...

RICAR. Pero hombre, acaba de reventar.

EMILIO. Mi mujer...

RICAR. ¿Qué?

EMILIO. Nada. Luego te explicaré...

RICAR. Chico, tú tienes mala la cabeza. (¿Qué demonios le pasará á este tarambana?)

ESCENA IV.

EMILIO.

¡Que me da vergüenza!... ¡No se reiría él poco cuando supiera!... Y María que está ahí... Si se apercibiera... La verdad es que ántes tuve tentaciones... Porque todavía... Si no fuera por mi mujer... es decir, mi mujer hasta cierto punto. ¡Y qué bonita es! María tambien es bonita, pero Elisa... ¿Y he de renunciar á que sepa que la amo, que la idolatro? No es posible, aunque quiera contenerme no podré. ¿Pero será á propósito este momento?... ¡Que decida la suerte!... Á ver... (Metiendo la mano en el bolsillo del chaleco.) Una peseta provisional... Pero fijemos ántes... Si es cara le doy la carta, y si sale cruz me la guardo. Vamos á ver.. ¡cara! (Tirando la moneda al aire.)

ESCENA V.

EMILIO, ELISA.

EMILIO. (¡Mi mujer! Va á creer que estoy jugando á las chapas. Disimularé.) (Poniendo el pie sobre la moneda.) ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Y Emilia?

ELISA. Se ha quedado en la huerta.

EMILIO. (Si pudiese ver... ¡Maldito cuño! Es tan borroso...) ¿Acaso es que te aburres? ¿Quieres que nos volvamos á Madrid?

ELISA. No: esto está muy hermoso, y ademas sería una inconveniencia.

EMILIO. (Esta era la ocasion de darle la carta, pero no sé lo que ha decidido la suerte. ¡Ah!) (Sacando el pañuelo del bolsillo.) ¡Efectivamente, esto es encantador! (Deja caer el

pañuelo, y al recogerlo mira la peseta.) ¡Cara!

ELISA. ¿Qué?

EMILIO. Nada; digo que debe haberle costado cara... la casa á Ricardo. (Me lanzo.) Pero dejemos eso. Tengo... que... que hablarte seriamente. ¿Quieres concederme una breve audiencia?

ELISA. Habla.

EMILIO. Sentémonos. Aquí protegidos por la sombra de las acacias, estaremos mejor.

ELISA. (Sentándose en la silla que Emilio la ofrece.) Ya te escucho.

EMILIO. Yo .. (Saca la carta.) (¡Todavía no es tiempo!) (Guardándosela.) Yo quiero... tengo encargo... (Vuelve á sacar la carta.) Mejor dicho: desearía saber... (Ántes es preparar el terreno.) (Se guarda la carta.)

ELISA. ¿Qué?

EMILIO. ¿Cómo qué?

ELISA. Decías que tenías encargo...

EMILIO. Ah! sí: tengo encargo de... Pero no es esa la cuestion... Yo quiero hablarte de... de mí... de nosotros... ¿Verdad que hace un hermoso dia?

ELISA. Sí.

EMILIO. Claro: ya sabía yo que habías de convenir... Porque nuestra situacion... es muy rara, y yo... no sé, pero esta brisa perfumada, esta espléndida naturaleza... despiertan en mí unas ideas.... Ademas, no te incomodes, un requiebro se le permite á cualquiera, y yo, al fin y al cabo soy tu marido... la verdad es que estás muy guapa.

ELISA. Pero... (Haciendo ademan de levantarse.)

EMILIO. Bien, si te incomodas no diré que estás guapa, me lo callaré, pero no te vayas, óyeme un momento. El arrepentimiento puede borrar todas las culpas y...

ELISA. ¡Ah! ¿Y crees que hoy, cuando en dos meses he podido convencerme que no mentías al asegurar que no me amabas, que amabas á otra, he de creer lo que en un momento de envidia, tal vez de despecho, quieras decirme? Mi amor, mi orgullo heridos, no han de recibir

otra satisfaccion que un arrepentimiento de hoy, tan falso acaso como los juramentos de ayer?

EMILIO. Pero es que yo estoy dispuesto... (La Señora 1.ª y el Caballero 2.º atraviesan la escena del brazo.)

SEÑ. 1.ª ¿Conque me comprarás la sortija?

CAB. 1.º Sí, te la compraré.

SEÑ. 1.ª Ya sabía yo que mi maridito no me había de negar...

CAB. 1.º Pero en cambio.... (Pasan.)

EMILIO. (¡Que tenga yo que ver esto, que...) ¿Ves? ¡Qué felices son!

ELISA. Sí.

EMILIO. Pues...

ELISA. Pero ella no habrá oido á su marido lo que yo oí.

EMILIO. No supe lo que dije... Estaba loco... Pero ya te pido perdon y te digo que no quiero á nadie más que á tí y que estoy dispuesto á hacer una barbaridad... porque... ¡Qué dichosos podríamos ser!... (Elisa solloza.) Vamos, esto se acabó... (Limpiándola las lágrimas.) No llores, podrían oirte... Y yo no quiero... (Va á cogerla una mano; ella la retira al oir que sale gente.)

SEÑ. 2.ª (Que sale corriendo perseguida por su marido.) Vamos, que no seas tonto... (Defendiéndose alrededor de un velador.)

CAB. 2.º (Persiguiéndola.) Te he dicho que te iba á dar tres, y no hay más remedio.

SEÑ. 2.ª (Escapándose.) ¡Que te estés quieto!... (Vánse.)

EMILIO. ¡Ves!...

ELISA. Sí.

EMILIO. Pues...

ELISA. No, es imposible... Yo no puedo tener fe en tus palabras; la duda me ha de atormentar tenazmente.

EMILIO. Pues si yo me arrepiento... Si yo te pido perdon ..

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA BALBINA.

BALBINA. ¡Ay! Estoy rendida.. ¡Qué calor! Aquí debe haber un poco de sombra.

EMILIO. Sí, te pido perdon de rodillas... Aquí me...

BALBINA. (Interrumpiendo.) ¡Ah! ¿Estaban ustedes ahí? Yo...

EMILIO. (Á buena hora.)

ELISA. No, no estábamos aquí.

EMILIO. Sí, precisamente...

BALBINA. Siento haber venido á interrumpir... Voy á ver si encuentro un poco de sombra.

ELISA. Aquí está muy bien. Nosotros no...

EMILIO. (Esto es despedirme.) Sí, quédese usted en mi lugar... Yo entre tanto iré á ver cuándo sirven el almuerzo.

BALBINA. Pero...

EMILIO. Nada, nada. Hasta ahora. Vendré á avisar. (Maldita sea la vieja y mi suerte, y... Voy á suicidarme. Pero no... Allí está María... Vamos, está de Dios. Yo necesito hacerle el amor á álguien.

ESCENA VII.

ELISA, DOÑA BALBINA.

BALBINA. He venido á espantar á los dos tortolitos...

ELISA. No. Estábamos hablando de...

BALBINA. Vamos, ¿por qué ocultarlo? ¿Qué tiene eso de particular? que marido y mujer se quieran y... ¡Usted es feliz!... ¡Qué luna de miel!... Yo no he visto marido semejante... ¡Y cómo varían los hombres!... Vaya usted á fiar... ¿Quién hubiera dicho hace un año que Emilio se casaría con usted?

ELISA. ¿Por qué?

BALBINA. ¿Pues no se acuerda usted? Si estaba loco. Todo Madrid hablaba de... Un amor novelesco... Oposicion de la familia... Un duelo... Vamos, loco, materialmente loco.

ELISA. Sí, de...

BALBINA. Justo. Y cuando ella se casó... ¡Uf!... Ella le quería... yo lo sé de buena tinta. Como yo vivía en frente de su

casa; él venía á hacerla telégrafos desde mi portal, y algunas veces subía...

ELISA. Sí...

BALBINA. Pero... ¿se pone usted mala?... Está usted muy pálida.

ELISA. No... me siento bien... Pero siga usted...

BALBINA. ¡Celos!

ELISA. ¿Celos? ¡Yo! ¿Por qué? ¿Puedo temer algo? Me interesaba...

BALBINA. Claro, como es su marido.... Y vea usted; hoy, delante de ella, la acaricia á usted y... Verdad que á ella no debe gustarle mucho. Ántes, cuando estaban ustedes jugando, la ví mirar de una manera...

ELISA. ¡Ah! ¿Pero está aquí?

BALBINA. Claro. ¿Pero no sabe usted quién es? María, la de Delgado.

ELISA. ¡María!

BALBINA. Sí. Y está por cierto muy guapa. Tiene unos ojos tan hermosos...

ELISA. Sí, es hermosa. Pero Emilio tarda mucho. ¿Quiere usted que vayamos...

BALBINA. Como usted quiera. Yo siento mucho haber dicho á usted...

ELISA. No; todo lo contrario.

BALBINA. Yo creí que usted lo sabía, que Emilio la habría dicho...

ELISA. Sí, algo. Pero vamos

BALBINA. Sí. Usted no hará uso de...

ELISA. De ningun modo.

ESCENA VIII.

DICHAS, EMILIA, SEÑORAS y CABALLEROS.

CAB. 1.° ¡Magnífica huerta! ¿Ha reparado usted qué lechugas?

CAB. 2.° No. (Se me hacía la boca agua: de buena gana...)

EMILIA. (Á Elisa.) ¿Adónde vas?

BALBINA. Íbamos á buscar á ustedes.

ELISA. Vengo en seguida.

ESCENA IX.

DICHOS ménos ELISA.

SEÑ. 1.ª (Á Doña Balbina.) Pero ¿no ha visto usted la huerta?

BALBINA. No. Hace tanto calor...

CAB. 1.° Pues se ha perdido usted lo mejor. ¡Qué lechugas!

SEÑ. 2.ª ¡Ay, sí! ¡Qué frescas!

CAB. 3.° Claro, como que son lechugas.

BALBINA. Y ahora, ¿qué vamos á hacer?

EMILIA. Hay que aguardar un ratito: el cocinero se ha descuidado.

CAB. 2.° (Bostezando.) No hay prisa. (Me voy á desmayar.) Yo por mí no tengo apetito.

SEÑ. 1.ª Vamos á jugar á prendas.

CAB. 2.° ¿Otra vez?

SEÑ. 1.ª Ya hemos jugado dos veces.

CAB. 3.° Eso tiene de bueno el campo: siempre hay distraccion. Se cansa uno de pasear, se juega á prendas; se cansa uno de prendas, se da una vueltecita, y luégo se vuelve á jugar.

SEÑ. 2.ª Apuraremos una letra.

BALBINA. Es claro.

SEÑ. 1.ª Si hemos apurado todo el abecedario.

BALBINA. Pues buscar una que no esté en el abecedario.

SEÑ. 1.ª ¿Vamos á hacer un columpio?

TODOS. Sí, sí.

CAB. 1.° Pero... (¡Qué ideas se le ocurren siempre á mi mujer!)

EMILIA. No, si ya está hecho.

TODOS. Vamos, vamos. (Vánse todos ménos Emilia.)

ESCENA X.

EMILIA, ELISA, entrando.

ELISA. Mira, dile á Emilio que venga, que tengo que decirle una cosa. Pero que venga en seguida.

EMILIA. Bueno; pero ¿qué te pasa? ¿Dónde está Emilio?

ELISA. En el columpio; anda, anda, hazme el favor...

EMILIA. Voy, mujer, voy. (Vamos, seguirán de monos.) (Váse.)

ESCENA XI.

ELISA.

¡Dios mio! La estaba columpiando y ella se reía... Yo me tengo la culpa.... Si lo hubiera sabido... Y esa mujer es muy bonita... y sabe mucho, y no me quiere bien... ¡Infame! Aquí está.

ESCENA XII.

ELISA, EMILIO.

EMILIO. (Entrando.) (Me llama. ¿Si se habrá enternecido?.) ¿Qué quieres? Me ha dicho Emilia que me llamabas...

ELISA. Sí.

EMILIO. Estaba allí entretenido...

ELISA. Sí, ya te he visto columpiando á...

EMILIO. Sí, á... (¡Hola!)

ELISA. Estabas muy divertido.

EMILIO. (¡Oh! ¡Qué rayo de luz!...) Sí, lo confieso, y es que estos dias de primavera...

ELISA. Ya, ya me lo has dicho ántes. (Pausa.) Hombre, no pasees más; me estás mareando con tantas vueltas.

EMILIO. Hija, no creí que pudiera molestarte... Pero ya estoy sentado.

ELISA. (Si se me presenta otra ocasion, no la dejo marchar.)

EMILIO. Conque tan hermosas lechugas hay en la huerta? Mira, voy á decir á Ricardo que mande hacer una ensalada. (Levantándose.)

ELISA. ¿Y vas á dejarme sola?

EMILIO. Verdad... Pero vente conmigo y diremos... Á tí te gustan tambien las lechugas.

ELISA. No.

EMILIO. Pues á mí sí. Son mi pasion. ¿Conque vienes?...

ELISA. Estoy muy cansada. Y ya que no otras, debías tenerme la consideracion...

EMILIO. ¡Ah! Si no quieres, me quedo, y hago un sacrificio. Se me habían antojado las lechugas.

ELISA. Estás de buen humor.

EMILIO. Verdad. ¿Por qué negarlo? Ya te dije ántes que estos hermosos dias...

ELISA. Sí, es verdad, producen una impresion...

EMILIO. Para mí sobre todo... Siento deseos de correr y de cantar. Y más que eso, un apetito... La verdad es que el almuerzo se retrasa. (¡Qué cara pone!) Una chuleta hacía mi felicidad.

ELISA. ¿Te burlas?

EMILIO. No, hija, no. Te juro...

ELISA. No hablemos de juramentos.

EMILIO. Bueno. Si tú quieres, no hablemos. (Pausa.)

ELISA. (¡Dios mio! ¡Qué variacion! ¡Esa mujer!...) Emilio...

EMILIO. (Que pasea cantando.) (Me haré el sordo.)

ELISA. Emilio...

EMILIO. ¿Qué?

ELISA. Es preciso que hablemos formalmente.

EMILIO. ¿Para qué, para que te disgustes otra vez? Es una tontería. Nuestra suerte está fijada, y yo me resigno... (Puesto que la dureza me da resultado, seré duro.)

ELISA. Pero...

EMILIO. Ya es imposible que me creas, y yo me humillo ante la fatalidad. Hubiéramos podido ser muy felices.

ELISA. Mucho. (Por fin...)

EMILIO. Porque yo hubiera sabido llenar todas tus aspiraciones, viviendo para tí. Y tú, me hubieras pagado...

ELISA. ¡Sí, con toda mi alma!

EMILIO. (¡Con toda su alma! Me siento.) ¿Es decir, que tú hubieras sido feliz?

ELISA. ¿Puedes dudarlo? Yo te hubiera querido con tanta locura, como en los primeros dias de nuestro amor; hubiera pensado sólo en tí, te hubiera contado todos mis

pensamientos.

EMILIO. (Acercando la silla.) (Adios, dureza!) ¿Y qué más?

ELISA. ¿Qué más? Si así fuera, yo me adornaría para parecerte bonita á tí sólo.

EMILIO. No, si para eso no tienes necesidad.

ELISA. Yo adivinaría tu voluntad. Me miraría en tus ojos... como... como cuando éramos novios.

EMILIO. ¿Sí? Mira, ya no me acuerdo... ¿Cómo me mirabas?... ¿Así?

ELISA. No, así. (Mirándole.)

EMILIO. (Cogiéndole una mano.) (¡Me voy á desmayar! ¡Pero no, tendré dureza!) (Dejando la mano de Elisa.) Pero todo eso es imposible, yo ya no puedo convencerte. (Levantándose.)

ELISA. (¡Se va! ¿Cómo podría yo enternecerle otra vez? Ya no sé qué ofrecerle.) Pero escucha.

EMILIO. (Voy á sucumbir.)

ELISA. Aunque eso sea... difícil...

EMILIO. Sí, muy difícil.

ELISA. (Nada! Se ha acordado de la otra, de seguro. Voy á tener que decirle claro...) Sin embargo, no es imposible. Yo conozco mis deberes; nuestra vida está unida para siempre y debemos procurar hacerla más llevadera, más dulce. Ademas... si tú... no quisieras ya á... esa... yo creería más fácil ocupar su lugar en tu cariño, y sabrías quién es tu mujer... Porque tú no me conoces... Yo sería tan cariñosa....

EMILIO. (Me vuelvo á sentar.) ¿Serías muy cariñosa?

ELISA. Mucho.

EMILIO. ¿Mucho, mucho?

ELISA. ¡Muchísimo! (Pausa. Emilio la coge la mano.)

EMILIO. ¿Me quieres?

ELISA. ¿Y tú á mí?

EMILIO. Mucho. ¿Y tú?

ELISA. Mucho.

EMILIO. ¿Mucho, mucho?

ELISA. ¡Muchísimo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, RICARDO, EMILIA, SEÑORAS y CABALLEROS.

RICARDO. Señores, el almuerzo está en la mesa.
EMILIO y ELISA. (Levantándose.) ¡Ah!
TODOS. (En tropel.) ¡El almuerzo! ¡Á la mesa!
CAB. 2.° (Con voz desfallecida) No, yo no tengo apetito ya
EMILIO. (Abrazando á Ricardo.) ¡Ricardito!
ELISA. (Á Emilia.) ¡Qué feliz soy!
RICARDO y EMILIA. ¿Qué ha pasado?
EMILIO. Nada. Ya te contaré... (Á Elisa.) ¿Quieres el brazo?
ELISA. (Á Emilia.) Manda que me hagan un poco de tila.
EMILIA. ¿Tienes algo?
EMILIO. ¿Ya para qué?
ELISA. Por si acaso.

Que áun cuando ya estoy tranquila,
si algun aplauso no escucho,
por más que lo sienta mucho
aún tendré que tomar tila. (Telon.)

FIN DE LA OBRA.